

Havilio, Iosi (2015). *Pequeña flor*. Buenos Aires: Penguin Random House, pp. 128

Alice Favaro
(Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

Aparentemente escrito de un tirón, compuesto de un único párrafo que comienza en la primera página y termina en un final ambiguo, con su escritura vertiginosa y cautivante, Havilio arrastra al lector hacia el final. El autor, que se coloca en la generación de los jóvenes escritores argentinos, nació en Buenos Aires en 1974 y estudió filosofía, música y cine. Además de *Pequeña flor*, su última novela, ha publicado *Opendoor* en 2006, considerado por la crítica un debut prometedor, *Estocolmo* (2010), *Paraísos* (2012), en que retoma los personajes de la primera novela pero en un entorno urbano, y *La serenidad* (2014). Con un ritmo narrativo apremiante en que los acontecimientos se suceden rápidamente, Havilio traza la figura de un personaje incapaz de reaccionar, paralizado, fracasado, víctima de sus mismas paranoias. Como en *Opendoor*, el protagonista está atrampado en el laberinto de sus miedos, de su inestabilidad psíquica y emocional, de su descolocamiento y se encierra en el hogar, que de refugio doméstico se convierte en un espacio asfixiante. El sujeto es un testigo impasible e incapaz de modificar el curso de los acontecimientos y de su vida. Está lacerado por la indefinición de la realidad que mira desde afuera sin tomar parte y al final está carcomido, vencido por el ocio, definido aquí como «el camino más recto a la suciedad y a la degeneración moral» (p. 3).

Después de haberse quedado sin empleo a causa de un misterioso incendio en la fábrica de fuegos artificiales en que trabajaba, José se encierra en un estado de pasividad y apatía que lo lleva a una «suerte de parálisis, física y espiritual» (p. 1). Se encuentra de repente a conducir un tipo de vida completamente diferente a la de antes, en que se convierte en ama de casa de fuerza ya que Laura, su pareja, se ve obligada a volver a su trabajo después del año sabático que se había tomado. José se dedica entonces a las tareas de casa y a la pequeña hija Antonia – hecho que alejará cada vez más a la hija de la madre – sin preocuparse por su desempleo. Se invierten así los roles en la pareja ya que Laura asume un lugar masculino. El cambio imprevisto de la rutina del protagonista lo lleva a un estado de indolencia y frustración en la imposibilidad de reaccionar a lo que le está pasando y en que vive en un tiempo lento y suspendido, un «tiempo larvo» (p. 2) donde las jornadas fluyen inexistentes. En este agujero negro el

protagonista de la novela pasa de la hiperactividad en que debe absolutamente arreglar cosas a días en que está vencido por la pereza: «Entré en un estado de catatonía. Todos mis movimientos parecían falsos, como si otro se hubiera adueñado de mi cuerpo y de mi mente» (p. 2). La relación con Laura, que no desempeña un papel central en la trama sino que corre paralela a las obsesiones del protagonista, va disgregándose cuando José se siente humillado por la mujer que le reprocha por su inercia. Así que empieza a inventarse nuevos trabajos en la casa y por esta razón le pide a su vecino Guillermo una pala para terminar de arreglar el jardín. José entra de este modo en un mundo nuevo e inesperado, una realidad paralela en que se convierte en otro, precisamente como se lee en el incipit de la novela: «Esta historia empieza cuando yo era otro» (p. 1). Fascinado por la presencia de un hombre fuerte, bronceado y con una sonrisa radiante, que aparentemente representa todo lo que el protagonista no es, José hace amistad con el vecino, gran apasionado de jazz, que lo invita a escuchar música y tomar unas copas de vino. Se encuentra de esta manera en una suerte de imposibilidad de reacción, otra vez: «De ahí en más, caí en una nebulosa hipnótica. Guillermo actuaba como un mago, presumiendo de todos sus trucos» (p. 4). En una atmósfera de incertidumbre a mitad entre lo real y lo fantástico ocurre algo inesperado e incomprensible que interrumpe la linealidad del paso del tiempo y la cotidianidad del narrador protagonista que actúa como un rutinario y un autómatas. Exasperado por la espera y por la lentitud del vecino que antes de darle la pala lo lleva por unas horas en una serie de rituales que tienen que ver con la formalidad y la hospitalidad que José no logra eludir, de repente hunde en la nuca de Guillermo con la pala y le cercena la cabeza, matándolo.

En la subversión de lo establecido y la irrupción de lo fantástico en lo cotidiano, se produce un quiebre en la narración y en la vida del protagonista que, con un instinto primordial, se convierte en asesino. No reconociéndose, atormentado por los remordimientos de la carnicería y por la falta de una explicación racional a su instinto bárbaro, el protagonista trascurre la noche y las jornadas siguientes escondido en la casa. Se subsiguen unos días todos iguales marcados por el horror y la rutina en que la paranoia se apodera de él, y cree tener alucinaciones cuando ve las luces de la casa del vecino encendidas y personas que se mueven. Por fin, obsesionado, encuentra el coraje para 'devolverle la pala' y con gran asombro se entera de que algo incomprensible ha pasado, un hecho que abre una línea de acción inesperada: Guillermo abre la puerta, en gran forma, como si nada hubiera pasado. Aturdido por el descubrimiento y asediado por una terrible inquietud, José se da cuenta de su inocencia pero quiere entender mejor la situación y realiza una serie de experimentos con la muerte matando hormigas, palomas, pequeños animales y descubriendo así tener un poder increíble y terrífico al mismo tiempo: los seres vivientes que asesina, después de algunos minutos, retoman vida, resucitan como si no hubieran

muerto nunca. Vencido por la pasividad y por su mediocridad, encuentra satisfacción solo en su don místico y terrible, en su capacidad de refundar el mundo que desemboca en un verdadero goce donde se mezclan Eros y Tánatos, como se lee al final de la novela: «Sentí una descarga eléctrica, la mezcla de sexo, muerte y adrenalina habían llevado a mi ser a un plano de conmoción» (p. 47). Ese don es al mismo tiempo mágico y maldito porque el protagonista es testigo de misteriosas resurrecciones pero no puede matar efectivamente a nadie. Comienza, como un ritual sádico y perverso, a ir los jueves por la noche a casa del vecino para 'matarlo', inventándose cada vez modalidades diferentes, justo al final del tiempo que comparten escuchando música y bebiendo. El homicidio se da precisamente mientras Guillermo pone *Petite Fleur*, su canción preferida, aquella «música meliflua y hechicera de ritmo inagotable» (p. 6) que se convierte en *Leitmotiv* de la narración. Los asesinatos que José realiza, no obstante le lleven una fuerte descarga de adrenalina, de placer y de desenfreno sexual, no tienen ninguna consecuencia en él y en sus víctimas. La novela termina con un final abierto y sin resolver, en que José decide escribir un libro sobre la resurrección de Laura y, como si escuchase un «llamado arcano del más allá» (p. 46), arma un plan para matar a la compañera, ahogándola inmediatamente después del acto sexual.

Ambientado en un entorno de difícil localización pero probablemente en los alrededores de un ambiente urbano - quizá la capital porteña -, el protagonista vive en un universo paralelo a lo real que parece exista solo en su imaginación (son numerosas las referencias a los clásicos rusos en que la literatura aparece como una huida de la vida cotidiana). *Pequeña Flor* es la narración de una lenta catábasis, el descenso a un infierno en que el protagonista es víctima de sus obsesiones, perversiones y de las acciones inexplicables realizadas por su 'doble'. Con un estilo sobrio y un lenguaje sencillo, que remite inmediatamente en el uso de algunas expresiones al castellano argentino, Havilio construye un tipo de escritura fluida, caracterizada por frases breves, en que el cuerpo del texto no presenta interrupciones de tipo gráfico y aparece homogéneo a lo largo de toda la narración. El autor se destaca por la originalidad de su escritura, aparentemente simple, y por los contenidos de sus narraciones en que los protagonistas son las víctimas de sí mismos, de su pasividad y se mueven en mundos periféricos, espacios marginales y fronterizos entre ambiente urbano y rural. Havilio da vida a un tipo de fantástico nuevo y único en que con habilidad logra crear realidades y atmósferas siniestras que el lector percibe en el contraste que se crea entre la rapidez del ritmo narrativo y el constante estancamiento apático en que se mueven los personajes. Este recurso narrativo confiere un valor adjunto a la novela y representa una directriz sobre la cual se inserta la narración.

